

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 5 DE JULIO DE 1931

NUM. 27



UN FUTURO SARASATE

UN FUTURO SARASATE

Maestro y discípulo difieren aún más por las inclinaciones que por la edad.

Apegado el uno a la tradición, concienzudo, formalista y rígidamente sujeto a la regla; impaciente el otro, fogoso, abrasado por la llama del genio, cohibido por la insoportable tiranía del «Método».

Son los representantes de dos opuestas escuelas, simbolizando respectivamente la decadencia y la renovación, el pasado y el porvenir.

A cada momento asáltale una duda al profesor, en tanto que el discípulo lee como al través de transparente cristal en el pentágrama.

Al verles dar la lección cualquiera apostarían que en breve el rapaz va a dar quin-ce y raya al acompasado profesor.

En algo se conoce el genio exteriormente y no hay más que ver al muchachuelo para convencerse de que hay allí una gran cabeza y un corazón no menos grande.



EL PASTEL DEL SOLDADO

Cuando yo era soldado en Méjico me divertía mucho. Me gustaba muchísimo la vida de soldado.

Sin embargo la vida de los soldados nuevos tiene muchas desventajas: ellos deben hacer las camas y limpiar las botas a los soldados viejos, y deben hacer casi todo el trabajo del cuartel.

Yo hacía todas estas cosas con gusto, pero había algunas cosas que no me gustaban. Especialmente me enfadaba mu-

chísimo porque los cabos y los sargentos se comían siempre las mejores cosas que me mandaban de casa de mis pobres padres.

Al principio yo no sabía que hacer y no decía nada, pero después aprendí poco a poco las mañas de los soldados viejos y me servía de ellas cuando era necesario.

Una vez mis padres me mandaron de casa un pastel riquísimo que había hecho mi madre para mí.

Luego que lo supieron el cabo López y el sargento Pérez, que eran los que se comían casi siempre las cosas que me mandaban de casa, vinieron a verme y me pidieron el pastel. Yo había decidido no ser más su hazmerreir y no quise dárselo.

Entonces el sargento Pérez dijo:

—Muy bien, amigo Pepe, el pastel es de usted, pero no está bien no invitar a los amigos.

—Es verdad—dijo el cabo López—pero ¿qué les parecería a ustedes hacer una apuesta, y el que gane la apuesta se comerá el pastel?

—Me parece muy bien—dijo el sargento Pérez, que había comprendido enseguida la intención del cabo López.

—Muy bien, yo acepto la apuesta—dije yo, porque no quería hacerme enemigos tan poderosos en el cuartel.

—Bueno—dijo el cabo López—; entonces el que sueñe que ha viajado más lejos se comerá el pastel.

Todos convinimos y fuimos a acostarnos. A la mañana siguiente vinieron a verme muy temprano al cabo López y el sargento Pérez.

—Venimos a ver quién se come el pastel—dijo el cabo López.

—Muy bien—dije yo.—¿Qué ha soñado usted, cabo López.

—Yo he soñado—dijo el cabo López—que me salieron grandes alas y empecé a volar, y volé tanto y tan de prisa que llegué a la Luna. Ahora vamos a ver lo que ha soñado el sargento Pérez.

—Yo—dijo el sargento Pérez—soñé casi lo mismo que el cabo López. Soñé que me salieron grandes alas y empecé a volar, y volé tanto y tan de prisa que llegué a la Luna donde vi al cabo López descansando; pero yo no me contenté con llegar a la Luna, sino que continué volando hasta llegar a uno de los cuernos de la Luna.

—Confieso que usted ha ido más lejos que yo, sargento Pérez—dijo el cabo López.—Vamos a ver lo que ha soñado nuestro amigo Pepe.

—Yo, señores—dije yo—no tengo la imaginación tan grande como ustedes. Yo no soñé que me salieron alas ni que fui a la Luna. Yo soñé que empecé a andar por la Tierra, y después de andar unas pocas leguas, me senté a descansar. Miré a la Luna y los vi a ustedes allí. Entonces me dije a mí mismo:—El cabo López y el sargento Pérez han ido tan lejos que seguramente no podrán volver este año. El pastel se va a perder—. Y, pensando que el pastel se iba a perder, me lo comí creyendo que ustedes no volverían tan pronto.

Desde aquel día, el cabo López y el sargento Pérez fueron grandes amigos míos y me consideraron su igual.



EL QUE MAL EMPIEZA, MAL ACABA

(Continuación)

—¿Y quién es ese niño?

—Es Andrés Rodríguez, que siempre tiene dinero y va a caballo en una jaca muy bonita y convida a sus amigos.

—Y más que eso—añadió Luisito—sus padres nunca le preguntan en qué gasta el dinero, ni qué hace en el colegio.

—Ni fuera—añadió la buena señora con intención.—Eso es porque su papá está muy ocupado en sus negocios...

—Pero su mamá—interrumpió la niña—¿tiene también negocios?

—No, hijamía, pero cree de buena fe que su hijo ha de ser muy feliz, porque le permite todos sus caprichos sin tomarle cuenta, mas es posible que él se la dé algún día, pero, con todo esto veo que tú eres peor que él, porque ese niño gasta, bien o mal, lo que le dan, pero tú lo tomas, que es mucho peor.

—El también toma, cuando no puede o no quiere gastar, y dice que es una habilidad que tiene y quiere que yo la aprenda.

—¡Dios mío, qué horror! ¿Conque eso ha dicho? Y tú, aconsejado por él has robado. ¿No sabes que a los que roban les prende la justicia, les separan de sus padres, les encierran, apenas les dan de comer y les maltratan? ¿Sabes todo eso?

¡Si tú te vieras separado de nosotros!

El niño se echó a llorar con gran desconsuelo y quiso arrojarse al cuello de su madre, pero esta le apartó, diciendo con tono severo:

—No, no me abracés, yo no puedo perdonarte ahora; lo haré después que lo

haya hecho aquel a quien has robado, para conseguirlo, irás con José, le pagarás el precio que él ponga a la pera y le dirás que te perdone por tu mala acción.

—Yo no quiero pedir perdón al tío Antón, que soy un señorito y él, como dice Andrés, es un tío bárbaro.

—¿Eso dice? Pues dice mal, porque más decente es el tío honrado, que el señorito, muñeco u hombre, que comete una acción fea y deshonrosa, y sólo el arrepentimiento ..

—Estoy arrepentido; pero mamá, yo no quiero pedir perdón al tío Antón.

—Bien está, cuando venga tu papá él sabrá lo ocurrido y te castigará como mereces.

El papá de los niños era severo en demasía cuando se incomodaba; porque siempre para ello le sobraba razón y justicia; así es que Luisito se puso a pensar todo esto, al mismo tiempo a temblar, temiendo que podía sucederle alguna cosa peor que ir a pedir perdón al tío Antón, que, aunque era muy bruto, era para los niños cariñoso y bueno, y que de todos modos no se libraría de tener que hacerlo, sobre el castigo que el rígido padre le impusiera, por lo que se resignó a obedecer a su mamá.

Cuando volvió, cumplida la maternal sentencia, su amorosa madre le acogió bondadosamente. Luisito entre avergonzado y arrepentido, murmuró:

—Si Andrés lo supiera se burlaría de mí; que no lo sepa, que no lo sepa.

—Que lo sepa—repuso la excelente madre, estrechándole cariñosa entre sus brazos—que lo sepa, hijo mío, y aprende para no olvidarlo, que la burla y el des-

precio de los malos, es aplauso y honor para los buenos.

Algunos días después, la virtuosa señora tuvo un gran pesar. Luisito fué llevado del colegio con la cabeza herida; el director dijo que en la hora de juego el niño había tropezado en el jardín, cayendo junto a una piedra e hiriéndose con ella.

La mamá no quedó muy convencida con esta explicación, y cuando el niño estuvo mejor, se propuso averiguar lo cierto.

—Hijo mío—le dijo—¿cómo te has dado ese golpe? Cuéntamelo sin mentir, piénsalo bien para no equivocarte. ¿Cómo fué? ¿Con qué te heriste?

—Con una piedra, es muy cierto.

—Bien, lo creo; pero es preciso saber si tú llegaste a la piedra que estaba en tierra, o si a ti llegó la piedra que iba por el aire; me temo que ha sido esto último; en los colegios no faltan nunca niños pendencieros, y tú habrás reñido con alguno.

El niño no contestó.

—Veo con disgusto que no me equivoco, que a pesar de mis recomendaciones y advertencias, tú no has hecho caso, sabiendo que me darías un gran sentimiento, veo claro que no quieres a tu mamá, y ella, por lo tanto, tendrá que dejar de quererte, y sus caricias serán todas para Anita que no miente, ni se pelea, ni hace cosas feas.

—No, mamá mía, quiéreme a mí también, que yo te lo contaré; todo lo que ha pasado. Mira, Andrés riñó con dos niños y les hizo mucho daño.

—¿Tú eres uno de ellos?

(Concluirá)